

El culto de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá en el Perú

(Continuación)

«Por la Pascua de Navidad de 1586—dicen los señores Henao y Arrubla, que tuvieron a la vista no sólo la obra de Groot sino las del capitán Juan Flórez de Ocáriz y del Padre A. Mesanza,—sucedió que la pintura borrada reapareció con el colorido y perfectos lineamientos que tiene hoy, despidiendo luz que vieron varias personas» (1). Dice algo más *Peregrinación de Alpha*: «María Ramos,.... estando en devota oración el 26 de diciembre, vio que el cuadro descendió de donde lo tenían atado, y permaneció en el aire, renovada y resplandeciente la pintura». Acudieron los vecinos, vivamente atraídos por la revelación que la mujer de Pedro de Santa Ana les hizo, contemplando todos ellos, no sólo la viva luz que vio María, sino que las tres imágenes estaban totalmente renovadas (2)

(1) Jesús María Henao y Gerardo Arrubla. *Historia de Colombia* (Bogotá, 1916), pág. 152.

(2) Me parece de interés reproducir en esta nota lo que un siglo después del hecho portentoso que corre como tradición en Colombia, se publicó en la obra *Verdadera Historica Relacion del Origen, Manifestacion y Renovacion por si misma de la Milagrosa Imagen de la Santísima Virgen Maria, etc.*, editada en 1684, y que a mi vez reproduzco literalmente del número 170 de la revista bogotana *Cromos* (12 de julio de 1919):

«Alegren e los campos de Chiquinquirá, y toda aquella tierra celebre con regocijo la dicha, que ha tenido, de que en ella huvieffe sido trasplantada la Rosa del Cielo, Maria Santísima Virgen en su Imagen del Rosario, que si la hermosura de esta Divina Rosa estuvo deshojada, y perdidos los colores en un

El milagro, dice el historiador Groot, se comprobó «con jurídica información que se practicó con las diligencias de todos los testigos y se remitió al Arzobispo, quien salió de Santa Fe con dos prebendados a venerar la santa imagen».

Cuando el Arzobispo, que lo era el ilustrísimo y reverendísimo Fray Luis Zapata de Cárdenas, recibió la información «en letra pastrana» y se constituyó en Chi-

roto, y maltratado lienzo, yá le goza aquel campo renovada de Divinos colores, por aver sido escogido para teatro de esta Soberana Reyna, en que haciendo ostentacion de sus maravillas, descubrió su hermosura en su Imagen, tan superior y Divina, que aunque a los que han tenido la dicha de recrear sus ojos en ella, les ha de parecer borrón la pintura, que yo hiciere; no obstante, para que los que no la han visto, pintada en el lienzo del milagro, no carezcan del consuelo de haber como, y de qué manera se ve oy, por no faltar a la obligacion de Historiador, procuraré con el tocico pincel de mi pluma hacer de esta bendita Imagen una copia.

«El lienzo, en que está pintada, es una manta de algodón, que tiene de alto vara, y quarta, y de ancho vara, y tres quartas, poco menos. La estatura de la Madre de Dios es de cinco palmos; la disposición de su Santísimo Cuerpo, es peregrina; las proporcionadas facciones de su Rostro, son soberanas; y el todo de hermosura tan superior, que causa asombro, y pasmo á quantos la ven, con una gravedad tan magestuosa, acompañada de tan agradable, y estremada modestia, y compostura, que arrebató los ojos, y la atención embelaba los entendimientos, y le roba los corazones tan infeniblemente, que lo mismo es poner en ella la vista, que quedar presa de sus afectos la voluntad. Solo quien la ha visto, y experimentado este su poderoso atractivo, (que creo son todos los que entran con reverencia en su Templo) puede hacer entero concepto de esta verdad.

«Tiene esta Señora los ojos casi cerrados, é inclinados con el rostro a su precioso Hijo, que tiene sobre el brazo izquierdo,

quinquirá, dispuso que se edificase un templo para tributar a la triple efigie culto público; y, de inmediato, con gran pompa, fue conducida a Tunja, de donde se la devolvió a Chiquinquirá, colocándola, sucesivamente, en distintas capillas.

El templo o santuario primitivo, fue destruido por

en graciosa disposición, y tan a lo natural, que parece mas vivo que pintado: en cuya mano derecha tiene un hilo, que pende de el pie de un paxarito de varias colores, que está pintado sobre el pecho de su Santísima Madre; de cuyo rostro el color casi es indeterminable a la vista, y á lo que parece, es al blanco color de perla: tiene en su Soberana Cabeza una toca blanca, que dexándole descubierta todo el rostro, y la garganta, cae por los lados en bien fombreados dobleces, y se recoge sobre el pecho. En la mano derecha tiene un Rosario color de corál; los trazos del ropaje son primorosos, porque la tunica es de color rosado claro, con fombros de carmin obscuro, y del mismo color es el paño, en que está embuelto el Niño Jesus del medio cuerpo para abaxo, y para arriba está desnudo. El manto es de color azul celeste, y baxa de los ombros por los lados, recogiendo la punta del derecho, debajo del brazo izquierdo; y á sus fantíficos Pies tiene una media Luna con las puntas para arriba.

«En los Gloriosos santos San Andrés Apóstol, y San Antonio de Padua, que estan pintados á los lados de la Madre de Dios, ay también mucho que admirar, así en la hermosura de sus rostros, como en la primorosa disposición de sus cuerpos; está San Andrés al lado izquierdo, buelto el rostro ázia la Santísima Virgen muy grave, y severo, con los ojos puestos en un libro, que tiene abierto en la mano derecha; con tanta propiedad, que parece que está leyendo, y debaxo del brazo izquierdo tiene la Santísima Cruz, signo de su martirio; el color de la tunica es rosado encendido, con obscuras fombros de carmín; el manto que le ajusta al cuello, es de color de muy fina grana: tiene descubiertos los pies, y la estatura es de cinco palmos. Del mismo tamaño es la de San Antonio de Padua, que está al lado derecho de la Madre de Dios: tiene el rostro penitente, y devoto, y cala-

un terremoto, en 1797, y cuatro años más tarde, o sea en 1801, se comenzó a construir el actual. Mide éste sesenta y tres metros de longitud, y su anchura máxi-

da la capilla: en la mano izquierda tiene un libro cerrado, y sobre él parado un Niño Jesus, con el mundo en la mano: en la derecha tiene el Santo una palma verde, signo de su virginidad, y los pies descubiertos.

De esta manera quedó el milagroso lienzo de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, después de su admirable renovación; y así se ve al presente pintada su Sacratísima Imagen, y las de los dos gloriosos Santos: Y aunque después del milagro quedaron en el lienzo por algunos años las roturas, y ahugeros; poco á poco le fueron cerrando, sin percibirse el modo; porque con la futilidad, que la naturaleza misma hace crecer las plantas sin poderse percibir el movimiento, así de milagro se fueron cerrando, de tal manera, que ya no se ve en aquel portentoso lienzo, ni un rasgo de las roturas que tenía de antes, ni señal alguna de haberla tenido, ni de que hayan sido refanadas por Artífice humano; y solo se reconoce aver sido rota esta obra del divino Poder, que con solo un rasgo de su pincel cerró los que tenía el lienzo, dexando acabada esta maravilla con los primores de su poderosa mano, no solo en el aumento de la materia, que faltaba, quanto en la pintura, que la llenasse, y cubriese repitiendo nuevos prodigios á los primeros.

«Los milagros, que Dios ha obrado por honra de la bendita Imagen de su Purísima Madre, nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, han sido tantos, y tan admirables, que si de todos publica la fama, hubiera testimonios, que los autorizáran, se pudieran escribir muchos, y grandes libros: En este, sólo haré relación de los que hallé en jurídicos instrumentos en el Archivo del Convento de Chiquinquirá, comenzando por los más portentosos, que son dignos de mayor admiración, y noticia, quanto excede la conversión sobrenatural de un pecador, á todas las obras de naturaleza, y que se ordenan al bien temporal de las criaturas». (Sigue una relación de episodios, acerca de los cuales trataré en páginas posteriores del presente trabajo).

ma es de treinta y cinco. La corona, una cúpula de cuarenta metros de altura. «La fábrica del templo—dice el libro *Peregrinación de Alpha*—es grande, abovedada, de un orden de arquitectura que participa del jónico y corintio, costosamente labrada y muy sólida. Inmediatamente después de la cúpula se halla un templete elegante, rodeado de cuatro altares en que a un tiempo pueden decirse otras tantas misas. Allí está al frente, y bajo un dose! enchapado de plata maciza, el famoso cuadro lleno de joyas y pedrerías antiguas de gran precio, entre las cuales sobresalen la media luna de oro de ricos encajes de filigrana sembrados de esmeraldas y colocada a los pies de la imagen; el cinturón cuajado de diamantes y esmeraldas, ofrenda de la Duquesa de Alba, y finalmente, la corona de oro y gruesas esmeraldas y perlas» (13).

El templo de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá fue consagrado en 1823. En 1908 se inauguró el altar mayor, construido con ricos y variados mármoles. En 1912 fue solemnemente coronada la Virgen.

Desde hace más de dos centurias la milagrosa imagen es objeto de fervorosa devoción, habiendo sido llevada a Tunja y Bogotá en época de epidemias.

El 5 de mayo de 1816—refiere don Pedro M. Ibáñez,—hacia el mediodía, llegó a Bogotá el general francés Manuel M. Serviez, al servicio de los independentes, huyendo de las tropas realistas que estaban en Zipaquirá, y conducía a la virgen de Chiquinquirá, robada del santuario, a la cual, tiempo antes habían festejado solemnemente Morillo y sus corifeos. Los padres dominicos y los devotos tanto españoles como patriotas, pidieron reiteradamente que Serviez devolviera la imagen robada. Serviez no accedió ni a ruegos ni a amena-

(13) Laverde Amaya, op. cit., págs. 19 y 20.

zas, y la imagen volvió a su santuario sólo después de la derrota que el capitán español Antonio Gómez infligió a Serviez, en la «cabuya» o «tarabita» del río Negro (14).

Según informaciones obtenidas por el suscrito, la Virgen colombiana es venerada no solamente en toda la República, sino también en el Ecuador y en Venezuela, sobre todo en el Estado de Zulia—de esta última nación,—donde se la ha erigido un suntuoso templo.

*
* *

NOTICIA HISTÓRICA ACERCA DEL CULTO EN CARÁS

En la capital de Huailas, o sea la ciudad de Carás, vivió a principios del siglo anterior, un sujeto de humilde origen, llamado Carlos Pedreros, quien contrajo enlace con una mujer de su misma condición, a la que, por ser nacida en Chíngal—lugarito ubicado a la salida de Carás, por el puente de cal y piedra que conduce a la villa de Pueblo Libre,—se la llamaba «la chingalera», denominándose también a Pedreros por antonomasia, «el chingalero». La familia de Carlos era numerosa, comprendiendo a los tíos, primos y sobrinos, y todos ellos llevaron el cognomento genérico que el pueblo quiso darles: «familia *Pichisa* o *Pichiusa*».

Carlos Pedreros residió en el barrio oriental de Carás, en la calle de La Perla, y fue—según fructíferas investigaciones realizadas por el diligente profesor don Francisco Regis Tamayo—poseedor de un cuadro, copia de la triple imagen que se venera en la población chiquinquireña de Colombia. Ignórase cómo obtuvo Pedreros aquel cuadro, y es de suponerse que perteneció a la iglesia parroquial del lugar, ya que, como refiere Me-

(14) Pedro M. Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, 2.^a edic. tomo III (Bogotá, 1917), págs. 148 a 151.

léndez—fueron dominicanos los rectores de las antiguas parroquias de Ancash, poco más o menos hasta el siglo XVIII, dominicanos que, acaso, bajaron de la antigua Tierrafirme y propagaron el culto de la Virgen del Rosario venerada en Chiquinquirá y en gran cantidad de poblados de Nueva Granada.

Pedrerros tributaba veneración, con todos los suyos, a la sacra imagen, pero ignorando su procedencia, y sobre todo la leyenda de su origen.

Uno de los hijos de Carlos Pedrerros, llamado Clemente, llegó a ser cantor de la iglesia parroquial de Carás, hacia 1818 ó 1819; y habiendo efectuado un viaje a Lima por asuntos particulares, pudo informarse, en esta capital, puesto al habla con los monjes de Santo Domingo, de los prodigios que se atribuían a la Virgen Colombiana. Clemente comunicó a su padre cuanto le refirieron, y le recomendó cuidar mucho el cuadro que conservaban en casa, prometiéndose él difundir el culto de esa virgen en Carás, tan presto como saliese de Lima.

De regreso al pueblo de su residencia, Clemente Pedrerros se puso al habla con el presbítero don Diego González de León, que desempeñaba el curato de san Ildefonso de Carás; denunció ante el mismo, la existencia del cuadro de Chiquinquirá en su casa y púsole de manifiesto cuanto sabía acerca de los «milagros» que la reina de los cielos operaba en favor de quienes la veneraban bajo esa advocación. Pedrerros expresó al cura, doctor González, la conveniencia de colocar el cuadro en el templo parroquial, a fin de tributarle culto público. Hizo más: a solicitud del señor González de León, llevó el cuadro a presencia de éste.

El párroco contempló el deterioradísimo cuadro, y como jamás había visto la imagen de la Madre del Redentor entre dos santos, dijo a Pedrerros que, en con-

cepto suyo, no merecía ese cuadro los honores de ser colocado en el templo parroquial, ni creía susceptibles a sus feligreses de impresionarse favorablemente ante esas figuras tan mal delineadas.

—¡Esto es un adefesio!.... No me traigas más estas cosas, hijo,—cuentan que exclamó el señor Cura.

Profundamente decepcionado, Pedrerros volvió a su casa, llevándose la imagen, pensando en bregar hasta conseguir que fuese colocada en el templo carasino. ¡Tan impresionado le dejó la serie de narraciones que los padres dominicos le habían hecho en Lima, acerca de los portentos que se alcanzaban mediante la devoción a la Virgen de Chiquinquirá!

Muy pocos días después de su desconsoladora entrevista con el doctor Diego González de León, enfermó gravemente éste, con fiebre alta. Y refieren ancianos de Carás—aquellos ancianos que se hallan al tanto de todo lo que se relaciona con el terruño—que el señor Cura, durante el delirio de la fiebre contempló a la Virgen María, quien ordenóle colocar el cuadro de Clemente en el templo. Consternado con tal visión, el sacerdote hizo llamar a Pedrerros, le refirió lo visto y oído, y ordenóle que, acompañado de algunos fieles, arreglase lo necesario para trasladar la imagen a la iglesia parroquial.

Pedrerros, no cabiendo en sí de júbilo, procedió a comprometer a sus amigos para el acto religioso, y contrató a un organillero que, a la sazón, recorría las calles de Carás, a fin de que la procesión devota tuviese acompañamiento de música. El organillero, sin hacer mérito de su palabra empeñada, prosiguió su marcha, y cuando encontrábase a la salida del pueblo—siguen refiriendo los viejos,—vióse acometido de fortísima cefalalgia, que dio en tierra con él. Recordó, entonces, su compromiso, y atándose un pañuelo a la cabeza,

presentóse a la casa parroquial, llena ya de gente, dispuesto a tocar su instrumento durante la procesión.

El Cura González abandonó el lecho, y se procedió a la ceremonia del desfile. El doctor González, precedido por el hombre del organillo, marchó bajo amplio quitasol, al lado del cuadro, que, a porfía, llevaban numerosos fieles de ambos sexos. Cuando llegaron todos a la iglesia y se colocó la imagen en el sitio preparado por Pedreros, el párroco dirigió la palabra a la multitud, haciéndole saber que aquella imagen era la de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, milagrosísima, y que a ella deberían acudir en sus necesidades.

Todo esto, sin precisión de fechas, fue referido, con detalles pintorescos que no darían mayor interés al presente relato, por don Juan Julio Angeles, vecino, en 1922, de la calle llamada de Shuitucallán, en Carás. Angeles era nieto de Carlos Pedreros, el «chingalero», y sobrino carnal de Clemente; pertenece, por lo tanto, a la familia popularmente conocida como *Pichisa* o *Pichiusa*. El mismo relato fue confirmado por numerosos ancianos a quienes conoció y trató el suscrito en la capital de la Provincia de Huailas durante los seis años que actuó como Director del Colegio Nacional «2 de Mayo».

LA CAPILLA CARASINA DE CHIQUINQUIRÁ

Entregada al culto público la Virgen chiquinquireña en la forma que reseño, se procedió a formar una como cofradía, constante de veinticuatro personas, y se nombró un procurador y un tesorero, para recaudar limosnas y administrar las rentas, respectivamente. Se fijó un día para la gran fiesta, y cada vez que ésta se realizaba, no sólo acudían las gentes de la clase humilde, sino los funcionarios de la Colonia y las más distinguidas damas. Allí se veía a la familia del subdele-

gado don Melchor Gutiérrez, a la de don Martín Almandós, a la de don Antonio Terry, a la de don Jacobo del Real, a la de don Joaquín Landaveri, a la de don Felipe San Bartolomé. Acudían no pocos vecinos notables de las poblaciones inmediatas, sobre todo de Huailas, Yungay y Mato.

La devoción fue intensificándose. Los ex-votos de plata y oro multiplicáronse rápidamente, y las limosnas espontáneas y colectas llegaron a ser apreciables por su cuantía. Entonces se pensó en retocar el lienzo, har- to maltratado, y en limpiar el marco, que se hallaba lleno de máculas.

Progresivamente fue mejorando en todo sentido la asociación religiosa encargada del culto, y resolvióse ya la construcción de una capilla independiente del templo parroquial. Si se considera en las desigualdades de fortuna que existían hace un siglo, habrá de comprenderse con qué dificultades tropezarían los «hermanos» para realizar este anhelo. Mas, todo se facilitó, y allí está, aunque humilde, la capilla destinada al culto de la Virgen de Colombia.

La señora Gabriela Salazar de Terry adquirió, el 4 de julio de 1788, por composición ante el subdelegado del rey, don Melchor Gutiérrez de Cubas, un sitio, con el propósito de erigir una capillita en honor del Señor de Nazaret. Se hallaba, sin embargo, litigando dicha señora, durante varios años, con un indio llamado Tomás Villanueva, que alegaba derechos sobre tal terreno. Al cabo, se dio la razón a la señora Terry. Pero parece ser que doña Gabriela, como su marido el rico-home español don Antonio Terry y Campomanes, se había desanimado de su primitivo propósito, y el terreno se estaba en abandono, y sin siquiera cercarlo.

Desempeñaba a la sazón la procuraduría de la cofra-

día del Rosario, don Juan Bautista Guerrero, quien entendiéndose con el señor Terry y le compró el sitio, el día 20 de julio de 1820—o sea mes y medio antes del desembarque de San Martín en playas peruanas,—por la suma de doscientos quince pesos de plata, provenientes de las limosnas y colectas erogadas por el vecindario.

El sitio, según la escritura de compra que, bajo el número 69 del registro respectivo, obraba en el archivo del hoy malogrado notario público de Carás, don Benjamín Olivera, tuvo los linderos que siguen: por el norte, la calle de la Amargura; por el sur, la que cruza la principal; por el occidente, la calle Derecha, que baja a la Plaza de Armas, y por el oriente, las propiedades de doña Josefa Socalanda y de don Tomás Pajuelo. Su extensión era de cuarenta y ocho varas de largo, de norte a sur, por cuarenta varas de ancho, de oriente a occidente, lo que equivale a una superficie de mil novecientas veinte varas cuadradas, en forma rectangular.

Hecha la adquisición por el procurador Guerrero, construyeron los fieles la capilla de Nuestra Señora de Chiquinquirá, en su parte central y norte, así como también unas pequeñas «tiendas» adyacentes, en número de once, con el fin de aumentar mediante su alquiler, los ingresos de la cofradía.

La capilla es de apreciable extensión, y cómoda; con su coro y los altares necesarios para el culto.

No hay documentación que acredite la fecha en que se comenzaron los trabajos de edificación, ni constancia, tampoco, de la fecha en que la capilla fue estrenada. Pero, no sin fundamento, se supone que la construcción de la misma, así como de las casitas adyacentes, se realizó entre 1821 y 1825. Ello se induce de lo que se encontró en los libros parroquiales que se llevaron para la toma y razón de limosnas, y leyendo la escri-

ra de enfiteusis de las «tiendas» o casitas, documento que lleva fecha primero de octubre de 1826, y que también obraba en la notaría del señor Olivera, en el cual figuran como primeros inquilinos de tales casitas: don Justiniano Milla, don Pedro Cadillo, don José Campos, don Nicolás Arana y doña María Sotelo, esta última sin gravamen de conducción, por estar investida como portera y encargada del aseo de la capilla.

Con el transcurso del tiempo, el culto de Nuestra Señora de Chiquinquirá fue acreciendo y adquiriendo mayor importancia. Ya su devoción no se redujo a los feligreses de Carás, sino de pueblos lejanos, pues acudían de Huarás, de Moro, de Nepeña, de Santa, de Cotaparaco, de Pomabamba, de Huari, en fin, de unas cuarenta leguas a la redonda. Su novena y la fiesta consiguiente hacíanse en forma por demás solemnemente, todos los años, en el mes de octubre, concurriendo elementos de toda condición social.

Hoy la festividad se conmemora, no ya en el mes de octubre de cada año, sino el día 20 de enero. Esto ocurrió desde el año de 1839.

¿Por qué se hizo tal innovación? Vamos a saberlo.

*
* *

LA VIRGEN COLOMBIANA EN LA HISTORIA DEL PERÚ

En su propósito de derrivar la Confederación Peruvo-boliviana que presidía el gran Mariscal Andrés Santa Cruz, los generales Agustín Gamarra, Antonio Gutiérrez de la fuente, Domingo Nieto, Manuel Ignacio de Vivanco, Ramón Castilla y muchos otros jefes del ejército, como también conspicuos civiles que se encontraban en Chile, explotaron en favor de sus ideales políticos adversos a la Confederación, las ambiciones de los gobernantes chilenos—ambiciones hoy claramente conoci-

das por la historia—y obtuvieron que saliese para el Perú una expedición militar encabezada por el argentino don Manuel Blanco Encalada, la que transigió con el Protector, firmando en el pueblecito de Paucarpata un tratado, que rechazaron el mandatario chileno Prieto y su ministro el señor Tocornal. Perseverantes en sus propósitos de echar por tierra la obra de Santa Cruz, los peruanos lograron hacer salir una segunda expedición de tierras chilenas, al mando del general Manuel Bulnes, que sumándose a las tropas que levantó Gamarra en territorio del Perú, actuó obedeciendo a éste en la Portada de Guía y a Castilla en el puente de Buín como también en la célebre batalla de Yungay, denominada, por muchos, batalla de Ancash o batalla de Pan de Azúcar, el 20 de enero de 1839.

Para dar esta batalla, el cuartel general de Gamarra y su segundón Bulnes se estableció en la planicie de San Miguel, a inmediaciones de la ciudad de Carás, mientras las tropas brillantes de Santa Cruz avanzaron de Carhuás a Yungay, ocupando esta población y la hacienda Punyán, sita al pie del cerro Pan de Azúcar y cercana a la quebrada de Ancash. El día 20, Gamarra, ya resuelto a tomar la ofensiva, atacó a las fuerzas de la Confederación con resultados sangrientos. Bulnes, que actuaba con el pomposo título de General en jefe del ejército Restaurador, hizo que los chilenos coadyuvasen en el ataque, y éste fue temerario, cruentísimo y preñado de felices éxitos y serios reveses, a causa de la falta de unidad en el comando. Llegó un instante en el que Bulnes, contemplando la furia heroica y arrolladora de los confederados, se puso a la cabeza de su gente y emprendió la huida hacia el cuartel de San Miguel, sobrecogidos, todos, de intenso pánico. El secretario o ministro de la guerra de Gamarra, don Ramón

Castilla, que había ideado y dirigido el combate de Buín le salió al encuentro al jefe de Chile. dándole el alto. Y cuando oyó que Bulnes le dijo: «Nos han derrotado... Vamos a San Miguel a continuar el ataque», el bravísimo tarapaqueño y más tarde, gran Presidente del Perú, le replicó, soliviantándole: «No estamos en ese caso, ni hemos venido a correr. El desfiladero es fuerte y la pampa muy ancha para poder llegar sin ser derrotados a San Miguel. No nos queda más arbitrio que formar un charco de sangre para que se ahogue en él, con nosotros, el ejército de la Confederación».

Reanimados los auxiliares volvieron a la carga, y la batalla que a las diez de la mañana había comenzado, tuvo término a las cuatro de la tarde, con la derrota completa de los confederados, cumpliéndose así los designios de Gamarra y el desesperado plan de Castilla, verdadero vencedor de la jornada sangrienta.

Refiérese que durante el combate del puente de Buín—el 6 de enero de 1839—una mujer de porte señorial dirigía a las tropas restauradoras frases de estímulo; mujer a quien nadie conocía y a la que no se le vio llegar ni tampoco retirarse. Días después, encontrándose Gamarra y las tropas que él contrató en el sur, en el cuartel de San Miguel, una india joven, descalza, bella, vistiendo faldellín, *lliclla*, monillo y sombrero de lana, canturriando aires indígenas e hilando su gran vellón, rompió las filas de las avanzadas gamarristas—ya que no podía infundir sospechas a nadie—y entregó a los del Estado Mayor su huso, dentro del cual había llevado ocultas comunicaciones importantes de Carhuás, con noticias acerca de los movimientos que Santa Cruz proyectaba. La visita de la bella india se repitió varias veces, y viendo Gamarra que en forma tan impune esa mujercita marchaba de

un campamento al opuesto se consternó y pensó en que tratábase de una emisaria providencial. Constituyóse en Carás, visitó la capilla de la Virgen del Rosario chiquinquireña, y allí—refieren los viejos, y sobre todo D. José Julio Angeles, sobrino de Carlos Pedreiros—formuló el Generalísimo la promesa de honrar a Nuestra Señora, en su advocación colombiana, si salía victorioso en su pugna con Andrés de Santa Cruz.

Afirman más aún, los carasinos devotos de la imagen boyacense—y ya esta tradición barrúntola engendro de piadosa pero traviesa inventiva—al contar que durante la batalla del 20 de enero, pudo ser vista una dama majestuosa, singularmente vestida de morado manto sombreado de carmín, que recorría la línea por la margen derecha del riachuelo de Ancash, blandiendo una espada en una mano y agitando un revólver en la otra, a fin de impedir que el protector avanzase hacia el grueso de las fuerzas restauradoras.

Aun prescindiendo de esta tradición última, los anteriores episodios, difícilmente explicables, infundieron en Agustín Gamarra—que era de suyo religioso—profunda inclinación hacia la Virgen de Chiquinquirá venerada por los carasinos. Y cuando, después de perseguir a Santa Cruz hasta Yungay, volvió a San Miguel con riquísimo botín de guerra, se dirigió a Carás con algunos jefes de su ejército. Se celebró un Te-Deum solemne, donó la suma de mil pesos a la cofradía del Rosario, dispuso que en lo sucesivo se celebrase anualmente el 20 de enero la fiesta de la Virgen, conmemorando la victoria, y obsequió al cuadro con una espada de plata, que cariñosamente consérvase en la Capilla, como se conservan otras ofrendas de distintos altos jefes del ejército triunfador.

El público acatamiento de Gamarra a la sacra imagen neogranadina, acreció la fama de que gozaba Nues-

tra Señora del Rosario de Chiquinquirá celebrándose desde el año 1839, cada 20 de enero, la fiesta máxima de Carás en lo que a ceremonias religiosas concierne; y se inscribió el triunfo sobre Santa Cruz entre los prodigios obrados por la Virgen chiquinquireña (1).

(1) En nota anterior ofrecí referirme a episodios portentosos, o «milagros» de que habla el libro *«Verdadera Histórica Relación del Origen, manifestación y renovación por sí misma de la Milagrosa Imagen de la Santísima Virgen María»* etc. Y a fin de no fatigar al lector, extractaré esos episodios, poniéndolos en lengua moderna.

Catarina o Catalina García, fue una muchacha natural de la ciudad de Mariquita, hermosa y pecadora como la Magdalena del Evangelio. Entregada a la vida galante en forma desenfrenada, parecía imposible que cambiase de conducta mediante los buenos consejos de parientes y amigos. Enfermó de suma gravedad y vióse a las puertas del sepulcro, acordándose, entonces, de la Santísima Virgen de Chiquinquirá. Hizo la promesa de cambiar de modo de vivir si la libraba de la guadaña de la Intrusa. Y—dice el libro—«acabando de hacer la promesa, se halló buena y sana, y levantándose de la cama, luego al punto comenzó a repartir sus joyas a las imágenes de las iglesias; y habiendo vendido sus vestidos y alhajas, repartió el dinero a los pobres, reservando sólo el que fue bastante para hacer un humilde saco de jerga; y vistiéndoselo a raíz de las carnes, cual otra Magdalena, salió por la calle más públicas de la ciudad (de Mariquita), y cogiendo su camino a pie, llegó a Chiquinquirá», entregándose al servicio del Santuario hasta morir.

Raimundo Vargas, nacido en Santa Fe, entregóse sin freno alguno, al libertinaje, hasta el extremo de haber llegado a la condición de que una mujer lo sometió por entero a sus caprichos. Sus deudos inmediatos, deseosos de arrancarlo de tan detestable compañía, invitaronle a emprender, a guisa de paseo, un viaje a Chiquinquirá. Así se hizo. No bien Raimundo entró en el templo de la milagrosa imagen, mudó de parecer, y se formuló el propósito de cambiar de vida. Volvió a la ciudad santafereña, olvidó efectivamente a todas las mujeres y vivió su existencia dichosa.

Don Juan de Borja, Presidente del Nuevo Reino de Grana-

da, hizo, en persona, la guerra a los indios Píjaros, que eran numerosísimos. Para ello salió una escuadra de doce soldados, por orden del Gobernador D. Diego de Ospina, a fin de que fuesen a ganar la altura de determinada sierra. Mandaron a un indio confederado, a que subiese a un árbol y viese la tierra, lo que procedió a efectuar, percatándose de que estaban perdidos. Hallándose en consulta cerca de lo que harían, llegó una espía española, de las que tenían en diferentes puntos, y díjoles que por aquella zona se aproximaban alrededor de dos mil indios, en persecución de los españoles. Todos, contemplando la enorme diferencia de número entre los indígenas que se acercaban y los hispanos que debían combatirles, sintieron como pavor. Pero uno de ellos, el soldado mulato llamado Francisco Maguiza, exclamó: *Señores soldados, aquí no hay más remedio sino es invocar a la Virgen de Chiquinquirá en nuestro socorro y prometer de ir en romería y con penitencia, a su santa casa, si nos libra de este peligro; hecha la promesa, animarse y pelear cada uno como diez, porque no hay otro remedio.* Postráronse en tierra los demás circunstantes en vista del discurso del mulato y elevaron sus plegarias a los cielos. Hallándose en plena oración, llegaron los atacantes, se trabó encarnizada, sangrienta lucha, retirándose al cabo, los indios, despavoridos. Ninguno de los españoles recibió siquiera la más leve herida. Al día siguiente se encontraron con el Gobernador Ospina, refiriéndole el extraordinario suceso. Algo después se afirmó que los indios habían visto que «una mujer vestida de blanco andaba entre los soldados, y que cuando acometían los indios a maniatar a los españoles, los espantaba la mujer y se les quitaban a ellos las fuerzas en viéndola; de modo que se les caían de las manos las lanzas, y que no habían podido hacer presa alguna; porque entrambas embestidas los espantó la mujer».

Estos episodios portentosos están «pintados» en lienzos que, según la obra citada, se conservan en la Santa Casa, o sea en el santuario de Chiquinquirá.

ENRIQUE D. TOVAR V R.

(Concluirá)

REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$	0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico